

SOCIABILIZAR A LA BESTIA

Ya en vísperas de cumplir mi hijo los 2 añitos, decidí que era el momento adecuado para dejar de ser *mamá full time* e inscribirlo en una guardería.

En realidad, para ese entonces estaba agotada de mi profesión de «*madre*». Esta situación, sólo podrán comprenderla aquellas mujeres que luego de la maternidad decidieron dedicarse sólo a su casa.

Había comenzado a resultarme agotador hasta escaparme para ir al baño.

No existía lugar donde pudiera sentarme cinco miserables minutos para compartir solamente conmigo. Tenía que esperar la hora de la siesta para darme una ducha rápida sin tener el corazón en la boca por no saber de dónde se habría colgado «M», y no había manera de ver un programa de televisión completo sin ser interrumpida ciento cincuenta veces.

A esa altura, ya me consideraba una autómatas programada de la mañana a la noche. El bebé se aburría fácilmente y me reclamaba a toda hora que jugara con él.

Cuando le planteé mi ocurrencia al padre, casi me mata. Su *NO* fue terminante. Según él, no había necesidad de sacrificar a una criatura tan chiquita si no era indispensable. Y no lo era. Yo no trabajaba.

Por un momento, supuse que había entendido mal mi propuesta. Yo no pretendía abandonarlo en un internado. Sólo quería que fuera a un jardincito durante tres horitas de morondanga...

En realidad, más allá de una necesidad personal, tenía la certeza de que era el momento de comenzar a sociabilizarlo. Sin hermanos, ni primos cerca, era cierto que se aburría horrores con una rutina que ya lo tenía saturado.

Pero no hubo caso. A duras penas, acordamos con mi marido, inscribirlo al año siguiente en la salita de *tres*.

No fue muy dificultoso conseguir colegio. Teníamos muy buenas referencias de una escuela municipal ubicada a una cuadra de nuestro domicilio. De manera que si accedíamos a un golpe de suerte, contaríamos con el lugar adecuado para «M».

La inscripción fue increíblemente compleja. Al ser una escuela con muy buena reputación, la cantidad de vacantes disponibles, era demasiado pequeña para las necesidades de los interesados. Motivo por el cual, un marcado porcentaje falseaba los domicilios para obtener mayores posibilidades de ingreso.

Así, durante un tiempo, no tuvimos garantizada la vacante para nuestro hijo. Pero a partir del momento que nos la confirmaron, fui contando los días, igual que los presos, que me faltaban para tocar el cielo con las manos.

Comencé entonces, a planificar qué cosas haría durante esas horitas que me quedarían libres para organizarme debidamente y administrar el tiempo de manera correcta.

Y el gran día llegó.

Yo sabía que cuando los niños comienzan el jardín de infantes, es necesario superar la etapa de adaptación. Es decir, compartir con los papás, el lugar donde deberán luego estar sin ellos para empezar a considerarlo su propio espacio social. Y para eso, ya estaba preparada...

Lo que no imaginé, es que mi propio hijo me haría la vida imposible durante cinco semanas. Sí. Cinco semanas que pasé dentro del establecimiento educativo sin moverme, pues cada vez que el monstruo me perdía de vista, lloraba desconsoladamente.

Cuando los docentes consideraron que ya era tiempo suficiente, pude salir de prisión. Aunque cada día, mi hijo se encargaba de recordarme lo mala madre que era para él, después de izar la bandera y acercarlo a la salita donde lo recibía su «Seño» para despedirme. Entonces se iniciaba la novela de todas las tardes con su terrible llanto, que respondía más a haberse

cerrado una puerta sobre los dedos de las manos que a despedirse de mí.

Para achicar mis penas y mi cargo de conciencia, luego de unos días, la maestra, me tranquilizó afirmándome que cuando yo me iba y «M» quedaba con sus compañeros, se acababa su angustia y disfrutaba de la jornada sin siquiera preguntar por mí. ¡Cerebritito especulador! Y yo haciéndome malasangre...

Sin embargo, una rara sensación me envolvió. Una tristeza indescriptible me hizo preguntarme: ¿Mi hijo ya no me necesitaba?

Para evitar que sintiera tanto desapego en tan corto tiempo, decidí instaurar como norma de la casa, que sus leches siguieran siendo servidas en la mamadera. Norma que siguió vigente durante los siguientes dos años, luego de los cuales, tuve que imponerme debidamente, pues consideré fundamental que para su ingreso a la escuela primaria, tomara la leche en un vasito normal.

Siguiendo con el jardín de infantes, debo admitir que si bien los primeros tiempos fueron muy difíciles, la ardua tarea dio sus frutos. No sólo se había adaptado perfectamente al grupo de chicos, sino que además estableció vínculos muy cercanos con algunos de ellos.

Sus días se transformaron en jornadas agotadoras.

Por las mañanas, mantuvo la rutina de siempre: el desayuno, un baño caliente, un poco de televisión y el almuerzo. Siempre a mi lado pero ya algo más independiente.

Por las tardes, las tres horas de jardín lo divertían, lo mantenían activo y lo cansaban a tal punto, que de regreso en casa merendaba y se quedaba dormido en el mismo sillón al que tantas veces trepó irradiando su hermosa simpatía.

Con el correr del tiempo, se adaptó a esta nueva vida, que ya no quiso cambiar por nada del mundo.

Esa permanente hiperkinesia que lo caracterizó a partir de su ingreso al jardincito, me provocó luego, algunos dolores de cabeza al tener que hallar actividades paralelas durante los fines de semana, ya que se aburría con su soledad.

Ni hablar de las vacaciones de invierno. Para esas ocasiones, yo me trazaba un cronograma diario de pasatiempos tales como el cine, teatro, pelotero, algún que otro almuerzo, etc.

Es que el sólo hecho de oír la tan famosa frase infantil «*Máaaaaa, me aburro*», me crispaba los nervios.

De modo tal que los 15 días de receso escolar, se convertían para él, en los más divertidos del mundo, y para mí, en una carrera interminable y demoledora.

Durante la época estival, supuse oportuno mandarlo a una colonia de vacaciones. La idea primaria era que no perdiera el ritmo que había ganado durante el año. Pero también, que saliera diariamente de casa, evitando así, otro periodo de adaptación en la sala de *cuatro*.

Por suerte, conseguí para mi niño un lugar bastante adecuado a sus necesidades. Una guardería pequeña que hacía las veces de colonia, con pocos chicos, varios docentes y una pileta de lona en el patio, que le permitía darse un chapuzón y refrescarse un poco.

Hasta el día de hoy, «M» sigue disfrutando de las colonias de verano, Claro que ya no lo hace en la guardería...

Durante el segundo año de su educación preescolar, se instrumentó una costumbre que disfrutaba mucho. Invitar amiguitos a jugar a casa. (Invitaciones que con el tiempo se volvieron recíprocas).

Claro que para semejante responsabilidad, yo no estaba preparada. Si con «M», no podía moverme para ningún lado, imagínense lo que podía suceder con dos o tres diablitos como él.

La merienda, el pis, la caca, los mocos, las manos pegoteadas tocando todas las paredes de mi precioso hogar. Un chupetín abierto pegado en el mueble de madera o un crayón

pisoteado sobre el parquet. Todo lo inimaginable era factible que ocurriera.

Comencé a plantearme seriamente entonces, qué hacer con los vándalos.

Ya me he confesado antes, cuando dije que siempre preferí tener un perro antes que un hijo.

Esta definición, sugiere que carezco de paciencia alguna para con los críos. Si mi intención no era invitar bestiecitas para prolongar las jornadas del jardín en casa... ¿Qué podía hacer para no sentir dolor de estómago y tirar por la borda todo lo que le había enseñado a mi hijo?

Más de una vez, en reunión con otras mamás del colegio, fui duramente criticada por la supuesta *rectitud* con que he osado educar a «M».

En nuestra casa, existen reglas que se cumplen para facilitar la convivencia, y no veo a mi hijo *traumatizado* por haberlo educado siguiendo esas reglas básicas.

De modo tal, que sentí propicio, indicar a sus amigos que la merienda se servía en la cocina; que los alfajores de chocolate no se apoyaban sobre el sillón de tela importada y que después de comer, era obligación higienizarse las manos. Para algunos, pedir «*por favor*» y decir «*buenas tardes*», resultaban órdenes incompatibles con la educación moderna.

Lamentablemente para unos cuantos, opté por impartir dichas órdenes, ya que de otro modo, hubiese sido una falta de respeto hacia «M», permitir a los demás, lo que a él le tenía prohibido.

Recuerdo que un compañero, al momento de merendar, me mintió descaradamente, asintiendo que ya se había lavado las manos. Yo estaba enojadísima, pues aún había en ellas, vestigios de témperas utilizadas en el jardín.

Debido a mi reproche, a este chico, no le quedó otra alternativa más que justificarse tontamente diciendo que se había lavado la mano derecha pero olvidó higienizarse la izquierda...

Así dadas las cosas, los amigos siguieron entrando al *loquero* sin críticas ni malas caras, lo que me dio la pauta de que tan *ogro* no era. Algunos, hasta me sonreían y todo...

Con el paso del tiempo, «M», se transformó en otro chico. La fluidez de su vocabulario, su concentración para algunas actividades, la integración con sus compañeros y maestros y hasta unos poquitos trazos de escritura fueron ejemplos suficientes para convencerme de que el balance de su paso por el jardín de infantes fue un ciento por ciento positivo.

No puedo explicar lo que sentí en la fiesta de fin de curso. Ya estaba a punto de entrar en primer grado. Un ciclo se cerraba y recordé infinidad de imágenes que pasaron por mi cabeza en cuestión de segundos.

Desde «M» agarrado de mis piernas en su primer día de clases, hasta su entrada a la fiesta con la bandera de ceremonias.

Sí. «M», fue el abanderado de su jardín, a punto de egresar de él. Como para cerrar este ciclo con un moño.

El mismo moño que me permitió reflexionar sobre los cambios que había notado en los niños. Así, descubrí que detrás de la *coherencia* de los adultos, existe un mundo de actitudes tan contradictorias como ridículas en nombre de la educación de nuestros hijos.

Con mucha tristeza, pude comprobar que en los niños, la simpleza, la sinceridad y el desconocimiento de la hipocresía, van desapareciendo a medida que los vamos *educando*.

Pero por suerte, también me di cuenta, de que ellos manejan un solo idioma: el del corazón. Razón suficiente para protegerlos, enseñarles con la verdad y sobre todo, no defraudarlos.

**ESTA OBRA QUEDÓ REGISTRADA EN LA DIRECCIÓN NACIONAL
DEL DERECHO DE AUTOR EL 16 DE NOVIEMBRE DE 2007
BUENOS AIRES - ARGENTINA
EXPEDIENTE N°: 618741
FORMULARIO N°: 145024**

**Creative Commons Reconocimiento-No comercial-Sin obras
derivadas 2.5 Argentina License.**